

“DESARROLLAR LA UNIVERSIDAD PARA VENCER EL SUBDESARROLLO”. EL CASO DE LA UNIVERSIDAD EN PARAGUAY

por JUAN SANTIAGO DÁVALOS

En el número del 6 de noviembre de 1967, *Life en español* publica un trabajo de Seymour M. Lipset, el conocido sociólogo norteamericano, con el título de *Fallas de la educación en Latinoamérica*. No comentaré en detalle ese artículo. Sólo me limitaré aquí a formular algunas ideas a su respecto.

Si cabe algún pensamiento básico en el trabajo de Lipset, ese es el que sigue: por regla general, las universidades latinoamericanas están antes al servicio de la política que de la ciencia. Una solución de este problema sería la conversión del sistema universitario actual en un sistema profesional. Tal conversión es necesaria, pues sin ella persistirá indefinidamente la cultura del subdesarrollo en estos países. Por sistema profesional debemos entender el de las universidades europeas y norteamericanas. Allí, tanto profesores como estudiantes realizan sus tareas específicas *Full-time*, a tiempo completo.

La solución de Lipset confirma una vetusta opinión mía. En efecto, he supuesto siempre que sólo por la fuerza de la costumbre podemos hablar de una “universidad” entre nosotros, y ello por las razones que doy a continuación.

Si, en general, existe un interés que no entra decididamente en los planes de nuestros estudiantes, ese es el de la ciencia pura. Mientras dura su periodo universitario, los estudiantes tienen preocupaciones tales como el trabajo que les da de vivir, la política, o su futura actividad práctico-profesional, extramuros de la universidad. Se hallan lejos de ocuparse íntegramente de sus estudios. Además, el tema de la gratuidad de la enseñanza en la universidad estatal es una falacia, ya que, aunque el estudio es gratuito, el Estado no subvenciona a los mejores estudiantes (que deben trabajar para vivir y estudiar), no permitiéndole así la dedicación exclusiva ni eximiéndoles de cualquier otra ocupación, o faena. Los docentes, o profesores, están igualmente lejos de ser de tiempo completo. Quizás con ciertas excepciones en la Facultad de Medicina, el resto se compone de profesionales que utilizan la cátedra universitaria por motivos de prestigio social, pero que no viven en función de las ciencias que enseñan. Se verifica entonces un curioso doblete que sólo por su tradicional arraigo no causa un genuino asombro. En realidad en las universidades europeas y norteamericanas sería impensable que algún profesor interviniera en una multitud de actividades y, además por las tardes, como quien va a un club, cayera por la universidad para dictar su “clase magistral” repitiendo, naturalmente, siempre lo mismo. Tan simétricamente impensable como un profesor

de tiempo completo en nuestro país. No hay que llamarse a engaño, sin embargo, pues nada es más discutible que el presunto prestigio del docente universitario en este país. Por lo tanto, si atendemos a lo exiguo de las remuneraciones, no podemos menos que poner en cuestión el valor del prestigio. Una universidad que recompensa a sus profesores con sueldos de cocinera no puede darse el lujo de ser demasiado exigente.

En el fondo, mantiene el *statu quo* académico y rechaza la investigación. Pero dentro de tal sistema tampoco los sueldos pueden elevarse. De lo contrario, la universidad pagaría al profesor un decente sueldo de tiempo completo, sin que éste renunciara a sus otras actividades.

Para que se vea lo tradicionalmente relegado que ha estado el profesor universitario en el mundo de habla hispánica, nos bastará con citar aquí un fragmento de la descripción que, en 1797, hacía un alto funcionario de la condición intelectual en la misma España. Entre otras cosas allí se lee: “Apenas se conoce en toda España más que una Universidad, en donde los catedráticos tengan que comer con su dotación, y en todas las demás, el ser catedrático no es destino, como debía ser, sino un baño o decoración para pretender otro” (Cit. por Juan Agustín García. *La Ciudad indiana*. Bs. As. 1954. p. 183).

Salta a la vista que esta situación de la Metrópoli hacia el siglo XVIII sigue vigente en sus ex colonias hasta ahora. ¡Ser catedrático no es destino! O, en todo caso, un baño o decoración para pretender otro, es decir, un destino mejor. En dos siglos, desde entonces, el mundo ha cambiado fantásticamente. *Eso*, concretamente eso, *no* ha cambiado.

No, ser profesor en una auténtica universidad significa ser sólo profesor. Ser “solo-profesor” significa, a su vez, enseñar y dedicarse íntegramente a la ciencia y a la investigación y producir. La enseñanza no implica únicamente la transmisión de los contenidos de una ciencia determinada, sino también de la actitud científica. Por otro lado, el producir no implica la publicación de pequeños ensayos baratos, o de divulgación, sino obras de positivo mérito que hagan avanzar su ciencia respectiva.

Lipset se refiere también al modo de distribución de las ciencias. Da por sentado que, tradicionalmente las universidades latinoamericanas han preferido las disciplinas humanísticas, mientras las norteamericanas, las naturalísticas y practicotécnicas, tales como la ingeniería o la economía.

Contra la opinión vulgar, sin embargo, es en Rusia, en la China de Mao y en la Cuba de Fidel Castro donde este último grupo de ciencias atrae a un número mucho mayor de estudiantes pues el Estado, empeñado en construir una fuerte tecnocracia, les facilita toda clase de ayuda. Lipset deduce que los latinoamericanos, obstinados en el desarrollo de sus sociedades, debieran igualmente inclinarse en esta dirección. El razonamiento es correcto, pues supone que un país que desea desarrollarse debe poner primordialmente énfasis en la praxis, poniendo la especulación intelectual y los códigos en segundo plano. Más ingenieros, menos abogados. Dentro del *globus intellectualis* moderno, el escritor inglés Snow hizo ver asimismo el dilema actual del mundo, dividido en "dos culturas", la humanística y la científico-técnica. No obstante, aunque no es aquí mi propósito discutir este punto, creo que en un país en vías de desarrollo necesita tanto de técnicos como de humanistas (Cfr. ABC. *El intelectual y la modernización*. Asunción. 31-12-1967).

En el medioevo, la universidad consistía en la integración, en un solo cuerpo, de los maestros y de los estudiantes. Ambos cooperaban en una empresa común para la mayor gloria de la ciencia. Si bien nuestro tiempo es infinitamente diferente, formalmente esta idea no ha variado. En nuestros días, una universidad donde los estudiantes no se encuentren estrictamente funcionalizados por la ciencia y donde no hayan pasado ocho o diez horas diarias trabajando en una biblioteca o en un laboratorio durante varios años, y donde los profesores son del tipo "además-profesores", solamente por eufemismo o por costumbre puede realmente llamarse universidad. La solución que Lipset propone es acertada, pero parcial. Como ya se dijo, propone la conversión del politizado sistema universitario en un sistema profesional de tiempo completo y la prioridad de la investigación científica sobre lo práctico profesional (en el sentido de las llamadas profesiones liberales). Dicho con palabras más simples: la universidad debe dejar de ser sólo una pequeña fábrica de profesionales prácticos y debe omitir la política para consagrarse a su misión. Resumiendo aún más: esa omisión no es, no puede ser otra sino la ciencia, que es como decir, la verdad. Lipset, sin embargo, describe los efectos olvidando las causas. Y las causas y condiciones, residen en la total despolitización, identificable con la más plena autonomía, y en la creación del mercado intelectual.

La expresión "mercado intelectual" merece una aclaración. Aunque cacofónica, sugiere la idea de que la universidad se transforme en un centro de inquietud cultural donde los talentos —nacionales y extranjeros— puedan competir en libre *fair play*, recibiendo una justa y estimulante recompensa. El mercado intelectual sugiere esencialmente la idea de la competencia. En verdad, si no existe un sistema de recompensa no existen tampoco estímulos y la actividad universitaria, tal como se da al menos entre nosotros, se deteriora y trivializa, degenerando en la asfixiante rutina presente. "¿Qué aporte original ha hecho usted a la ciencia que cultiva y profesa?", tal debe ser la pregunta.

De acuerdo a ella, de acuerdo a la calidad y a la cantidad de la producción científica original hay que establecer el sistema de premios y recompensas. En la universidad paraguaya y en las universidades latinoamericanas más atrasadas no existe la menor sombra de todo esto. En consecuencia, los docentes desempeñan sus papeles como si se trataran de apéndices de actividades más remunerativas, y por eso también el sumo interés de la gran mayoría estudiantil no suele trascender la meta del título. Este sistema es no sólo anacrónico, sino bilateralmente frustrante: tanto unos como otros se vuelven entes científicamente improductivos y la universidad, a falta de ciencia, produce diplomas. Por lo demás, aquellos estudiantes que, en calidad de postgraduados realizan estudios en Europa o en los Estados Unidos, se aperciben recién de los esfuerzos que demanda el dominio de una ciencia y hacen recién entonces la experiencia de una universidad verdadera.

El camino más corto y económico para vencer el subdesarrollo es desarrollar la universidad. Las ideas que expuse constituyen sólo un esbozo para posteriores trabajos que manipulen rigurosamente métodos sociológicos y estadísticos. En el instante presente esos trabajos son una necesidad; ellos deben hacerse, y se harán.

Quizás pueda objetarse que mis ideas sobre una universidad totalmente despolitizada y positivamente científica son utópicos e inútiles para nuestro país. Sin embargo, quiero advertir al lector que mi utopía es realidad próspera y tangible desde hace varios siglos en tierras más afortunadas. Podrá objetarse también que ello insumiría inmensas sumas de dinero. Sin embargo, es sabido por secular experiencia que nada importante e incluso minimamente valioso se ha hecho en el mundo prescindiendo de los sudores de los hombres... y del dinero. Podrá preguntarse cómo puede lograrse la despolitización de la universidad ya que esto mismo es un problema político que pareciera incurrir en la forzosidad de un círculo vicioso. Sin embargo, si se es escéptico respecto a las autoridades universitarias, no se debe serlo respecto a los estudiantes ya que si ellos se deciden realmente a querer una universidad apolítica, moderna y científica terminarán imponiéndose en su día. Podrá finalmente declararse, como a veces suelo oír, que "está bien que los europeos y norteamericanos hagan ciencia y lo demás porque, mientras aquellos tienen millones de cultura, éstos tienen en cambio millones de dólares". Debo agregar que esta soberbia idiotéz ha hecho carne sólo en quienes —incapaces de pensar en términos de universidad— creen que este país es un caso aparte dentro del mundo y tácitamente no cesan de afirmar a todas horas nuestro coloniaje. Sin embargo, consideradas las cosas con un grano de realismo, en nuestro aislamiento aún vigente, es posible que para nosotros no haya nada más importante que el país mismo en la figura que tiene el Paraguay en el extranjero y entonces la verdad nos lo demuestra apareciendo como una *terra incognita*. Fuera de ciertos escritores y poetas, de algunos conjuntos folklóricos y unos jugadores

de fútbol, Paraguay apenas tiene voz. Para quienes pensamos que un país se trasciende por su poderío material o por su cultura, la situación es triste. Paraguay nunca llegará a ser coloso de poder; le resta por tanto únicamente el camino de la cultura para afirmarse por centro y alcanzar algún relieve fuera de sus fronteras.

Por eso es imprescindible la lucha por una nueva universidad. En un futuro tal vez no muy lejano, de esta materialización de nuestra idea egresarán los hombres preparados para afrontar la complejidad del mundo moderno los cuales, aparte de ser el dinamismo de nuestro desarrollo interno, harán posible el respeto y el reconocimiento del Paraguay por los espíritus justos y por las otras naciones.

NOMINA DE PUBLICACIONES PERIODICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

NOMBRE	DIRECTOR	PERIODO	DEPENDENCIA
1. ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE	Alvaro Bunster B.	Trimestral	
2. BIOLOGIA	Amador Neghme R.	Cuatrimestral	
		Semestral	
3. BOLETIN CHILENO DE PARASITOLOGIA	Amador Neghme R.	Trimestral	
4. BOLETIN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE	Jorge Teillier S.	Mensual	
5. BOLETIN DEL HOSPITAL SN. JUAN DE DIOS	Esteban Parrochia B.	Bimestral	Auspiciado por la U. de Chile.
6. BOLETIN DEL INSTITUTO DE LITERATURA CHILENA	César Bunster	Eventual	Facultad de Filosofía y Educación.
7. BOLETIN INFORMATIVO		Eventual	Facultad de Filosofía y Educación.
8. BOLETIN CENTRO DE INVESTIGACIONES DE DERECHO ECONOMICO	Crisólogo Bustos V.	Semestral	Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.
9. BOLETIN TECNICO		Eventual	Estación Experimental Agronómica. Facultad de Agronomía.
10. ANALES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS FISICAS Y MATEMATICAS	Jorge Muñoz C.	Eventual	Departamento de Geodesia, Sismología y Geofísica.
11. CUARTILLA NOTICIOSA-MUSICAL	José E. Cortés Q.	Eventual	Escuela Musical Vespertina.
12. CHUNCHITO SINDICAL	Carlos R. Miranda M	Eventual	Sindicato del Personal de Talleres de la Editorial Universitaria.
13. ECONOMIA	Javier Fernandois F.	Trimestral	Facultad de Ciencias Económicas.
14. ESTUDIOS OCEANOLOGICOS		Eventual	Universidad de Chile Antofagasta.
15. ESTUDIOS INTERNACIONALES	Richar Gott M.	Trimestral	Instituto de Estudios Internacionales.
16. NEUROCIRUGIA		Trimestral	Instituto de Neurocirugía.
17. REVISTA CHILENA DE EDUCACION FISICA	Luis Bisquert S.	Trimestral	Instituto de Educación Física y Técnica.

(continúa en pág. 72).